

Vuelo Nocturno

El desagradable y no querido reposo a que suele forzarnos una liviana enfermedad, en ocasiones, tiene una ventaja. A mí me puso delante algunos libros, amable regalo ¿cómo negarlo? de un editor, y por distraerme elegí uno al azar. Miré con cierta prevención el nombre francés Antoine de Saint-Exupery y ganado no se si por el título «Vuelo nocturno», si por la edición esmerada y cuidadosa, le abrí, y le leí, luego, poco a poco, saboreándole desde la primera a la última. Me llamó profundamente la atención. «Vuelo nocturno» es una novela infrecuente. Rara por su valor, entre la serie vulgar de traducciones que ahora se nos ofrecen. Un asunto original enmarcado en un ambiente sugestivo se desarrolla con interés, y sin que se hagan concesiones sensibleras a la lectora—los entendidos en negocio de librería dicen y quizá sea verdad, que compran más obras y leen más las mujeres que los hombres—ni al lector. Para muy por encima de esas futesas calificadas de un modo alegre y pintoresco como novelas rosas que nada enseñan, ni nada dicen es el modo de fomentar la necesidad humana en la que tiene—de aquí su éxito—de fantástica, amable y risueña. Nobles decaídos que sin conservar ninguna de las pristinas virtudes de quienes ganaron sus títulos se casan a la buena de Dios con cualquier pizpireta pazguatilla que de amores no sabe otra cosa que por deporte dejarse besar. Y el libro de Saint Exupery aventaja también las versiones modernas y modernísimas de las halagueñas concepciones que en lugar del buen final malo se lo cuelgan a desventurados jóvenes ingleses que de buena gana hubiesen preferido otro sino y quedar tomando el té de las cinco en las veladas londinenses con la voluntad que debieran haber empleado en pedir un puesto en el Ejército de la India gracias al cual fueron posibles aquellas veladas y aquel té. Y en suma supera también—sé que le hago diciendo una propaganda y un favor—el inexplicable caso del enamoramiento y crimen—novela rosa y folletín—del marido de «Rebeca» que por versión directa o cinematográfica, o por las dos, conocemos todos.

Y vaya en mi descargo de cuento en elogio de «Vuelo nocturno» pueda decir que en la apasionante lectura, y en el vigor de los tipos, en el hábil entrelazarse de las escenas del argumento, hay una lucécilla que lo ilumina todo y lo vivifica todo sin que llegue a hoguera su resplandor. Me dejó Antoine de Saint Exupery en este libro—único de los suyos que he leído—una cierta sensación de

vacío. ¿Qué le falta dentro de una concepción de la novela semejante a la mía—entrelazar en los tipos de la trama valores de símbolo y una raíz filosófica en el obrar,—que no me satisface y me impide censurar los valores literarios de la obra? El ambiente vibra de bien conseguido y los hombres son hombres en todo punto y ocasión. Iguales, iguales a los que tropezamos por la vida. Místicos como aquel Riviere que lucha por el progreso, y ha puesto en el ara de su altar en la vida el deber. Un deber que domina a los hombres y les mueve y arrastra. Que les trueca de sus protagonistas en ocasiones: ocasión de cumplimiento y de gloria; ocasión de fracaso. Por eso, porque en su mundo Riviere ha sustituido el amor y la comprensión, por el deber, todo él es ignoto, desconocido, contrapuesto y ciego para aquel otro mundo de matices delicados y exquisitos, de amor, que a su propia imagen se forjó la mujer del aviador. Ella era apasionada, dulce y cariñosa. Ambos mundos que pueden vivir paralelamente, pero no encontrarse. De tropezar uno con el otro se odiarían. Son más que opuestos, sencillamente, diferentes. Riviere y Antoine Saint Exupery tienen la clave de un viejo dicho español: «Más quiero gallina que águila en mi casa». Mujeres y heroísmos siempre se avinieron mal. ¿Por qué? Porque viven en dos mundos diferentes.

Y entré el mundo de lo heroico sin entrañas y ese otro mundo de heroicidad serena en que se pierde la vida del piloto bordeada por el desasosiego del «radio», un mundo distinto y diferenciado también: el de los autómatas, los que repasan los motores y sus piezas, los que desde tierra siguen la vida y el vuelo de los aparatos, los que se echan sobre los hombros las sacas del correo para trasladarlas... Un mundo donde Robineau—para mi gusto el tipo más logrado por más variado de la novela—no puede encontrar fuerzas en movimiento, ni crearlas. Ni hacerse el héroe. Cuando lo intenta le flaquea el corazón y encuentra su espíritu blandengue el ramalazo del ridículo que no perdona nunca las falsas posturas cuando dentro de ese mundo de ordenadas jerarquías quisiera uno salirse de su «estado». Le arrastran fuerzas superiores y le dan la medida y la conciencia de su mediocridad. La capacidad de sus reacciones, primarias, instintivas, no cerebrales, ni humanas. Instinto se opone a razón. Robineau si su mundo hubiese llegado a interferirse con el de la mujer del aviador y conociese aquella escena de la novela:

—«Ella le contemplaba. Reparaba el último defecto de la armadura: todo ajustaba bien.

—Eres muy hermoso.
—Vió que se peinaba cuidadosamente.
—¿Es para las estrellas?
—Es para no sentirme viejo.
—Estaré celoso...
—Rió aún, le besó, y la apretó contra sus pesados vestidos. Luego la levantó en vilo, como se levanta a una niña y riendo siempre la acostó:
—Duerme.»

y supiese que nunca más podría repetirse no podría encogerse de hombros con indiferencia, sino con crueldad y abandonando ese recurso sólo le quedaría el de la infeliz mujer, llorar hasta olvidar...

Pero esta incisión está ya lejos de la intención del autor, de su perfecto traza-

El ángel de las escuelas

De entre la vida universitaria de la Edad Media, vemos surgir una figura que ha logrado imponerse a todas las demás.

El ángel de las escuelas puso su cátedra a una tan elevada cumbre, que el eco de su voz ha llegado hasta nosotros con claridad meridiana.

Verdaderamente, la Escolástica necesitaba de una mano vigorosa que levantándola la pusiera frente a la herejía que empezaba a cundir por todas partes. Pero la tarea no era fácil. Según Baltes, Santo Tomás «encuentra una masa indigesta de filosofía aristotélica y arábiga señoreando todas las escuelas y prestando armas al error con el excesivo pábulo dado a las cavilaciones y sutilezas.»

Formar un sistema vasto, compacto, uno, que ofreciese todos los rayos de la verdad filosófica convergentes hacia el centro de la verdad religiosa, era empresa difícil, superior, en apariencia, a la capacidad de un solo hombre.»

Este hombre no obstante se presentó y logró su cometido; y es que además de hombre y sabio fué un Santo.

El privilegiado talento de Santo Tomás pareció estar velado en el transcurso de sus primeros años universitarios. Su retraimiento debió llegar a tal punto que sus condiscípulos le apellidaron con el nombre de «buey mudo.» Nuestro Santo se inmutó poco por la adquisición de título tan vulgar, ya que es privilegio de las almas grandes no preocuparse de su buen nombre. Pero si sus compañeros le habían juzgado con tanta ligereza no pasó lo mismo con su maestro Alberto Magno. Este gran filósofo supo ver y apreciar en el fraile dominico, una gran inteligencia adornada de eminente santidad.

No se equivocó Alberto Magno al profetizar de su discípulo, que: «le llamaban el buey mudo pero, rugiría tan alto que se haría oír del mundo entero.»

Así mismo ha sucedido, aunque sin aparato ni pompa vacía; Santo Tomás se ha impuesto precisamente por su humildad. Con frecuencia presenciamos a los innovadores rodeados con una aureola de falsa apariencia. Nadie puede acusar de este defecto a Santo Tomás. El, con su sabiduría hubiera podido llegar-

nos la sutileza de un agudo estilo; su prodigiosa sinceridad no se lo permitió. En este sentido se le ha llamado un pro-saico escritor de prosa.

Pero su extremada humildad no fué obstáculo alguno para que obrase una gran revolución en el medieval pensamiento filosófico.

La preocupación dominante de Santo Tomás fué la herejía y la incredulidad. Para combatirlas usó de armas tan poderosas que lograba siempre confundir al adversario.

Escribió muchísimas obras y se aplicó con esmero en buscar argumentos para atacar la herejía.

Viajó mucho; era conocido en París y en las Universidades alemanas; estuvo en Oxford y en Londres.

Labor tan extensa ¿cómo pudo realizarlo un hombre que apenas vivió cincuenta años? Recordemos de nuevo que se trataba de un Santo que supo, con admirable maestría hermanar la ciencia con la santidad.

Para acercarnos un poco a su vida íntima parémonos en un paso en que se nos mostrará celestial. Contemplémosle arrodillado en la soledad de la iglesia de Santo Domingo de Nápoles.

Su semblante irradiaba una paz indescriptible, delante del Crucifijo olvida por completo el mundo en que se encuentra y su expresión es la del hijo confiado que abandona todos sus cuidados al Corazón del más tierno de los padres.

Jesucristo se siente también orgulloso de su siervo «Hijo mío, le dice, bien has escrito de mí, ¿qué quieres en recompensa?» Jesús habla a un Santo y podemos muy bien suponer que la respuesta de éste será muy humilde. Pero no olvidemos que este Santo es Santo Tomás de Aquino, que no dejará perder su espléndida ocasión. Le habla el Crucificado con las manos extendidas en un gesto de generosa omnipotencia.

Santo Tomás busca, con verdadero afán, la verdad en todas las cosas. La posesión de Cristo todo lo contiene. Ahí va pues, la respuesta atrevida de Tomás: «elijo a Vos mismo».

A. BUFÍ

Del Colegio de Enseñanza Media de Granollers

FINCAS PLA

Granja a 8 kilómetros de Granollers, edificación sólida y bien acondicionada; agua y electricidad, vivienda a todo confort, situada pie carretera, con vías de comunicación, tres cuarteras cultivo de primera calidad. Situación inmejorable. — Informes:

FINCAS PLA
Plaza Perpiñá, 16, 1.º 3.º. - Teléfono 157
GRANOLLERS

Piezas regadio y secano por precios y detalles
FINCAS PLA

CALES Y CEMENTOS

VENTA EXCLUSIVA
DE LOS YESOS DE
J. BAULENAS - Tona

José García Bertrán

MÁXIMA CALIDAD
Y ECONOMÍA



ALMACENES EN
GRANOLLERS
Avenida de la Victoria, núm. 2
CRUCE CARRETERAS MASNOU Y BARCELONA

do de la narración y del cauce por donde pensó hacer fluir un estilo nervioso apretado y conciso. ¿Y sin embargo? de donde proviene ese vacío que intranquiliza, sugiere y causa desazón en «Vuelo nocturno». Sin pretender resolver la difícil cuestión, pudiera para mi mundo estar en una valoración del progreso distinta de la que hace Antoine de Saint Exupery. El consagró su juventud al de la aviación, Es justo que lo encarezca y loe. Pero este progreso domina en su libro, domina la calidad humana. Es lo sustantivo. A su lado quedá un poco adjetivado, palpita el valor hombre anterior al progreso y superior a él. Sólo encadenable en rango inferior en la jerarquía de los valores humanos al de la Patria. Iríamos muy lejos por este camino, y yo me saldría del que en principio me tracé: señalar el hallazgo de una novela amena, inquietante, sugestiva del antro del campo de las traducciones donde desazona la frecuencia con que se tropieza con narraciones insulsas.

JOSÉ M.º GARCÍA RODRÍGUEZ